Documento
Análisis

83/2026 25/11/2026

Fernando Melero y Claudio
Coronel del Ejército de Tierra DEM

Israel y Turquía: ¿en rumbo de colisión? Rivalidad estratégica, intereses y escenarios de confrontación en el nuevo Oriente Próximo



Israel y Turquía: ¿en rumbo de colisión? Rivalidad estratégica, intereses y escenarios de confrontación en el nuevo Oriente Próximo

Resumen:

Las relaciones entre Israel y Turquía están sufriendo una importante transformación, desde la cooperación estratégica de los años noventa hasta la actual rivalidad geopolítica. Aunque ambos países mantienen intereses comunes y vínculos indirectos que desaconsejan una confrontación abierta, sus proyectos estratégicos divergen cada vez más. La política regional de Ankara, su creciente influencia en Siria, su apoyo a la causa palestina y sus aspiraciones de liderazgo en Oriente Próximo chocan con las prioridades de seguridad israelíes y con la voluntad de Jerusalén de preservar su superioridad militar y libertad de acción. Siria constituye el principal escenario de fricción, al que se añaden Gaza, el Mediterráneo oriental, el Cuerno de África y la competencia por la influencia regional. La conclusión es que una guerra directa no resulta inevitable, pero sí existe un riesgo creciente de escalada accidental o de enfrentamientos indirectos que podrían alterar el equilibrio estratégico de Oriente Próximo.

Palabras clave:

Israel, Turquía, Siria, Gaza, Mediterráneo oriental, Cuerno de África, seguridad regional, rivalidad estratégica

NOTA:** Las ideas contenidas en los ***Documentos de Análisis son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Israel and Türkiye: on a collision course? Strategic rivalry, interests and scenarios for confrontation in the new Middle East

Abstract:

Relations between Israel and Türkiye are undergoing a significant transformation, from the strategic cooperation of the 90s to the current geopolitical rivalry. Although both countries share common interests and indirect ties that make open confrontation inadvisable, their strategic agendas are increasingly divergent. Ankara's regional policy, its growing influence in Syria, its support for the Palestinian cause and its aspirations for leadership in the Middle East clash with Israeli security priorities and Jerusalem's desire to preserve its military superiority and freedom of action. Syria is the main arena of friction, alongside Gaza, the eastern Mediterranean, the Horn of Africa and the competition for regional influence. The conclusion is that a direct war is not inevitable but there is a growing risk of accidental escalation or indirect clashes that could upset the strategic balance in the Middle East

Keywords:

Israel, Türkiye, Syria, Gaza, the eastern Mediterranean, the Horn of Africa, regional security, strategic rivalry

Cómo citar este documento:

MELERO Y CLAUDIO, Fernando. *Israel y Turquía: ¿en rumbo de colisión? Rivalidad estratégica, intereses y escenarios de confrontación en el nuevo Oriente Próximo*. Documento de Análisis IEEE 83/2026.

Introducción. Dos potencias regionales ante un nuevo equilibrio de poder

Las relaciones entre Israel y Turquía atraviesan uno de los momentos más delicados de su historia contemporánea. Lo que durante los años noventa llegó a constituir una asociación estratégica basada en la cooperación militar, el intercambio de inteligencia y la convergencia de intereses regionales se ha transformado, progresivamente, en una relación marcada por la desconfianza, la competencia geopolítica y una creciente divergencia de objetivos. La guerra de Gaza, la transformación del equilibrio de poder en Siria y la pugna por la influencia en el Mediterráneo oriental y en el Cuerno de África han contribuido a situar a ambos países en posiciones cada vez más enfrentadas.

No se trata únicamente de un deterioro diplomático provocado por las diferencias personales entre Recep Tayyip Erdoğan y los dirigentes israelíes. Detrás de la confrontación política existe una divergencia más profunda sobre el futuro del orden regional. Israel pretende preservar su superioridad militar, garantizar su libertad de acción y evitar la aparición de potencias regionales capaces de condicionar su seguridad. Turquía, por su parte, aspira a consolidarse como una potencia regional autónoma, ampliar su influencia en Oriente Próximo y participar de forma determinante en la configuración del nuevo escenario surgido tras las transformaciones políticas y militares de los últimos años.

Ambos Estados poseen capacidades militares relevantes, una industria de defensa en expansión y relaciones estratégicas con las principales potencias internacionales. Sin embargo, sus respectivas posiciones geográficas, sus prioridades de seguridad y sus concepciones del liderazgo regional son diferentes. Israel es un Estado de dimensiones territoriales reducidas, cuya doctrina de seguridad se fundamenta en la superioridad tecnológica, la inteligencia, la capacidad de respuesta rápida y el mantenimiento de una ventaja militar cualitativa. Turquía, en cambio, dispone de una mayor profundidad estratégica, unas Fuerzas Armadas de considerable dimensión y una posición geográfica que le permite proyectar influencia sobre Europa, el Cáucaso, el mar Negro, Oriente Próximo y el Mediterráneo.

La cuestión fundamental consiste en determinar si esta rivalidad puede mantenerse dentro de los límites de la competencia diplomática, económica y militar indirecta o si, por el contrario, puede desembocar en un enfrentamiento directo. El problema adquiere

especial relevancia en Siria, donde los intereses de seguridad de ambos países pueden coincidir sobre un mismo espacio operativo. También debe considerarse la dimensión internacional de esta disputa, especialmente por la pertenencia de Turquía a la OTAN y por las relaciones estratégicas que Estados Unidos mantiene tanto con Israel como con Turquía.

Israel y Turquía se están encaminando hacia una rivalidad estratégica de carácter estructural, cuyo principal peligro reside no en un enfrentamiento militar directo, sino en una escalada no buscada, provocada por la coincidencia de sus intereses y operaciones, especialmente en Siria, y por la dificultad de gestionar una crisis entre dos gobiernos que mantienen una profunda desconfianza mutua.

De la cooperación estratégica a la rivalidad

Turquía reconoció al Estado de Israel en marzo de 1949, convirtiéndose en el primer país de mayoría musulmana en hacerlo. La decisión respondía a la voluntad de Ankara de reforzar su orientación occidental, consolidar sus relaciones con Estados Unidos y adquirir una posición favorable en el sistema internacional surgido después de la Segunda Guerra Mundial. Durante las décadas posteriores, las relaciones estuvieron condicionadas por la evolución del conflicto árabe-israelí y por las prioridades de la política exterior turca, aunque nunca desaparecieron completamente los canales de comunicación entre ambos países.

El final de la Guerra Fría abrió una etapa de especial acercamiento[1]. En 1996, ambos Estados firmaron acuerdos de cooperación militar que facilitaron el intercambio de inteligencia, los ejercicios conjuntos, la modernización de determinados sistemas de armamento turcos y la cooperación entre sus industrias de defensa. Esta aproximación respondía a intereses convergentes: Turquía pretendía modernizar sus Fuerzas Armadas y reforzar su posición frente a Siria, mientras Israel buscaba ampliar sus relaciones con países musulmanes y reducir su aislamiento regional. La preocupación

[1] Nail Elhan y Başar Şirin, “Revisiting the Turkish-Israeli Alliance of the 1990s,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 40–55, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295606

compartida por la influencia iraní y siria y el respaldo estadounidense contribuyeron a consolidar aquella relación[2].

La llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002 y el ascenso político de Recep Tayyip Erdoğan modificaron progresivamente las prioridades de la política exterior turca[3]. Ankara comenzó a desarrollar una política más activa en Oriente Próximo, acompañada de una mayor sensibilidad hacia la cuestión palestina y de una voluntad de proyectar influencia sobre el mundo musulmán. La política israelí en Gaza y el enfrentamiento público entre Erdoğan y el presidente israelí Shimon Peres en el Foro Económico Mundial de Davos, en enero de 2009, evidenciaron el deterioro de la relación[4].

El punto de inflexión se produjo el 31 de mayo de 2010, cuando fuerzas israelíes abordaron la flotilla internacional que pretendía romper el bloqueo de Gaza. El asalto al buque *Mavi Marmara* provocó la muerte de diez ciudadanos turcos y desencadenó una grave crisis diplomática. La cooperación militar quedó prácticamente paralizada y las relaciones entraron en una etapa de confrontación política[5].

Los intentos posteriores de normalización, especialmente los acuerdos alcanzados en 2016 y la recuperación de relaciones diplomáticas en 2022, no lograron resolver las diferencias estructurales. La cuestión palestina, el papel de Turquía en Siria y la creciente competencia por la influencia regional continuaron condicionando la relación y, por consiguiente, la normalización diplomática no consiguió reconstruir la confianza estratégica que había caracterizado la década de los noventa[6].

Los ataques de Hamás del 7 de octubre de 2023 y la posterior ofensiva israelí en Gaza provocaron una nueva ruptura. Ankara condenó duramente la actuación israelí, Erdoğan intensificó sus críticas al Gobierno de Benjamin Netanyahu y Turquía suspendió sus intercambios comerciales directos con Israel en mayo de 2024. La cuestión palestina

[2] Jonathan Ghariani, “Turkish-Israeli Relations: ‘The Golden Years’, 1991–2000,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 5–24, https://doi.org/10.1080/13537121.2023.2295602

[3] Lacin İdil Oztig, “Turkish-Israeli Relations under AKP Rule,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 56–69, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295611

[4] İlker Aytürk, “The Coming of an Ice Age? Turkish–Israeli Relations Since 2002,” *Turkish Studies* 12, n.º 4 (2011): 675–687, https://doi.org/10.1080/14683849.2011.622507

[5] Efrat Aviv, “Ladders and Ropes: Israeli–Turkish Relations 2010–20,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 70–82, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295612

[6] Nurlan Muminov, “Cooperation and Conflict in Turkish–Israeli Relations Since the 1990s,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 25–39, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295604

pasó así de ser una fuente recurrente de discrepancias a convertirse en uno de los principales elementos de confrontación política entre ambos países[7].

Sin embargo, reducir el deterioro bilateral a la guerra de Gaza sería insuficiente. La transformación de Siria, la creciente autonomía estratégica turca, la política israelí de seguridad preventiva y la competencia por el Mediterráneo oriental y, en los últimos años, por el Cuerno de África han creado unas condiciones de rivalidad que probablemente sobrevivirán a la actual coyuntura política.

Dos proyectos estratégicos diferentes

La rivalidad entre Israel y Turquía se explica, en buena medida, por la diferencia entre sus respectivos proyectos nacionales y regionales. Aunque ambos mantienen relaciones con Estados Unidos y comparten determinados intereses de seguridad, sus prioridades y percepciones sobre el orden regional son cada vez más divergentes.

Para Israel, la seguridad constituye el eje central de su política exterior. Su reducido tamaño territorial, la proximidad de varios actores hostiles y la experiencia histórica de conflictos convencionales y asimétricos han consolidado una doctrina basada en la disuasión, la superioridad tecnológica y la capacidad de neutralizar amenazas antes de que alcancen una dimensión que comprometa su seguridad. Esta concepción explica la importancia que concede a la inteligencia, a la fuerza aérea, a la defensa antimisiles y a la libertad de acción operacional.

La política israelí pretende evitar que sus adversarios establezcan infraestructuras militares próximas a sus fronteras o adquieran capacidades que alteren el equilibrio regional. Durante años, esta prioridad estuvo centrada principalmente en Irán, Hezbolá y las organizaciones armadas presentes en Siria y Gaza, como Hamás o la Yihad Islámica. Sin embargo, la transformación del escenario sirio, con la caída del régimen de Bashar al-Asad y la llegada al poder de Ahmed al-Charaa, y la creciente influencia turca en el país han introducido un elemento nuevo en los cálculos de seguridad israelíes. Ankara no constituye una amenaza equivalente a Irán, pero su capacidad de influencia

[7] Michael B. Bishku, “Turkey and the Palestinian and Jerusalem Issues,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 83–104, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295614

y su presencia potencial en espacios próximos a Israel pueden condicionar sus decisiones estratégicas[8].

Turquía desarrolla un proyecto diferente. Su política exterior busca ampliar la autonomía nacional, reducir determinadas dependencias exteriores y convertir al país en una potencia con capacidad para intervenir en los principales asuntos regionales. Esta estrategia combina su pertenencia a la OTAN con relaciones pragmáticas con Rusia, Irán, Catar y otros países del Golfo, así como con distintos actores de Oriente Próximo. Ankara no pretende abandonar su vinculación occidental, pero tampoco acepta que esta determine de forma exclusiva sus decisiones de política exterior. Prueba de ello es su adhesión en 2026 al Pacto de La Meca junto a Arabia Saudí y Pakistán, al Grupo Regional 4 con los mismos países y Egipto y al denominado Pacto BADR junto a Pakistán, Catar e Indonesia.

La autonomía estratégica turca se apoya en la geografía, en la dimensión de sus Fuerzas Armadas, en el desarrollo de su industria de defensa y en una política exterior cada vez más activa. Su programa de vehículos aéreos no tripulados, los sistemas navales, los misiles, los vehículos terrestres y los proyectos aeronáuticos nacionales forman parte de una estrategia destinada a reducir la dependencia tecnológica y aumentar la capacidad de proyección exterior.

La cuestión kurda constituye otro elemento fundamental de la seguridad turca. Ankara considera que las YPG[9], vinculadas al entramado político-militar kurdo del norte de Siria, mantienen una relación orgánica con el PKK[10], organización considerada terrorista por Turquía, Estados Unidos y la Unión Europea. La posibilidad de que se consolide una estructura territorial kurda autónoma junto a su frontera es percibida por el Gobierno turco como una amenaza directa a su seguridad nacional.

La cuestión palestina completa el marco de prioridades turcas. La defensa de los derechos palestinos y la creación de un Estado independiente permiten a Ankara proyectar influencia política y diplomática en el mundo musulmán. Esta posición tiene una dimensión ideológica y de política interna, pero también responde a una voluntad de

[8] Amnon Aran, “Israeli Foreign Policy towards Turkey Since 2011: From Adverse Asymmetry to Equivalence?,” *International Politics* 63, n.º 1 (2026): 25–49, https://doi.org/10.1057/s41311-024-00654-w

[9] *Yekineyen Parastina Gel* o Unidades de Protección Popular.

[10] *Partiya Karkeren Kurdistan* o Partido de los Trabajadores de Kurdistán.

liderazgo regional. Los estudios sobre la evolución de la identidad política turca y su relación con Israel muestran que las diferencias ideológicas han adquirido un peso creciente en la relación bilateral[11].

La divergencia entre ambos proyectos no significa que todos sus intereses sean incompatibles. Israel y Turquía pueden compartir objetivos relacionados con la estabilidad regional, la seguridad de determinadas rutas comerciales o la limitación de la influencia iraní. Sin embargo, sus concepciones sobre quién debe ejercer el liderazgo regional, qué actores deben participar en la reorganización de Siria y qué papel debe desempeñar la cuestión palestina generan una competencia difícil de resolver.

Los escenarios de la rivalidad

Siria: el principal foco de fricción militar

Siria es, actualmente, el espacio donde la rivalidad entre Israel y Turquía puede adquirir una dimensión militar más directa. La caída del régimen de Bashar al-Asad, en diciembre de 2024, modificó profundamente el equilibrio regional y abrió una nueva etapa en la que Turquía dispone de una posición de influencia considerable, mientras Israel intenta preservar su seguridad en un entorno político y militar todavía incierto[12].

Para Ankara, Siria representa una cuestión de seguridad fronteriza, pero también una oportunidad para consolidar su influencia política y económica. Turquía pretende impedir la consolidación de una estructura kurda autónoma en su frontera meridional, contribuir a la reorganización de las instituciones sirias y mantener una posición determinante en el futuro del país. Su presencia militar y sus relaciones con distintos actores sirios le proporcionan instrumentos de influencia que difícilmente aceptará perder.

Israel observa esta transformación desde una perspectiva diferente. Durante años, su prioridad consistió en impedir que Irán y sus aliados establecieran infraestructuras militares próximas a los Altos del Golán o utilizaran territorio sirio para transferir

[11] Ayfer Erdoğan Şafak, “Turkey and Israel: Evolution of State Identity and Shifting Relations,” *Israel Affairs* 30, n.º 1 (2024): 105–124, https://doi.org/10.1080/13537121.2024.2295616

[12] Mehmet Doğan Üçok, “Regime Change in Syria and the Emerging Israel-Turkey Conflict,” *Middle East Policy* 33, n.º 1 (2026): 87–101, https://doi.org/10.1111/mepo.70019

armamento avanzado a Hezbolá. La reducción de la influencia iraní ha modificado ese escenario, pero no ha eliminado las preocupaciones israelíes. La aparición de nuevas autoridades y la posibilidad de una mayor presencia turca plantean interrogantes sobre el futuro equilibrio militar. Esa preocupación le ha llevado a ampliar su "zona de colchón" más allá de la anexionada en los Altos del Golán, en 1981, con la excusa de la protección de la población drusa de esa zona.

El problema no reside, necesariamente, en que Israel y Turquía mantengan objetivos completamente opuestos sobre Siria, sino en que ambos pretenden disponer de capacidad para condicionar su evolución. Israel quiere evitar que el territorio sirio se convierta en una plataforma militar que limite su libertad de acción mientras que Turquía desea impedir que la reorganización del país favorezca estructuras kurdas que considera hostiles y, por tanto, busca conservar una influencia suficiente para garantizar sus intereses.

Esta coincidencia de intereses en un espacio geográfico relativamente limitado puede generar situaciones de riesgo. La presencia simultánea de aeronaves, asesores, instalaciones militares y sistemas de vigilancia aumenta las posibilidades de incidentes, especialmente si no existen mecanismos de comunicación y distensión suficientemente desarrollados[13].

En agosto de 2026, el ataque israelí contra la instalación militar de Abu al-Duhur se convirtió en un ejemplo significativo de esta tensión. Israel expresó su preocupación por una posible presencia militar turca, mientras que las autoridades turcas y sirias rechazaron que estuviese previsto el despliegue denunciado[14]. Conviene distinguir, por tanto, entre las preocupaciones manifestadas por Israel y la existencia efectiva de un despliegue militar turco permanente, que no debe darse por demostrado sin pruebas independientes.

El futuro de Siria dependerá también de la capacidad de sus nuevas autoridades para consolidar instituciones, integrar a los distintos grupos armados y establecer relaciones equilibradas con sus vecinos. Si el país se convierte en un espacio de competencia entre

[13] Buğra Sari y Avnihan Kirişik, "The Struggle for Syria: Strategic Rivalry and the Risks of Escalation," *Middle East Policy* 32, n.º 4 (2025): 51–66, https://doi.org/10.1111/mepo.70012

[14] Alexander Cornwell y Tuvan Gumrukcu, "Israel and Turkey Step Up Warnings over Syria after Airbase Bombing," Reuters, 20 de agosto de 2026.

potencias regionales, la rivalidad turco-israelí podría intensificarse. Por el contrario, una estructura de seguridad siria aceptada por los principales actores y acompañada de garantías sobre la no utilización del territorio contra terceros podría reducir considerablemente el riesgo.

Gaza y Palestina: una fractura política y diplomática

La guerra de Gaza ha transformado la relación entre Israel y Turquía y ha convertido la cuestión palestina en uno de los principales obstáculos para cualquier proceso de normalización. Para Israel, los ataques del 7 de octubre de 2023 demostraron la necesidad de impedir que Hamás y, en menor medida, otros grupos palestinos conserven capacidades militares suficientes para organizar nuevas operaciones de gran escala. Para Turquía, la respuesta israelí y sus consecuencias humanitarias representan una vulneración de los derechos palestinos y un obstáculo para la estabilidad regional[15].

La posición turca no puede entenderse únicamente como una reacción coyuntural a la ofensiva israelí. La causa palestina se ha convertido en un elemento importante de la política exterior de Erdoğan y en un instrumento de proyección de influencia sobre el mundo musulmán. Ankara mantiene contactos políticos con Hamás, habiendo acogido alguno de sus líderes, y defiende la creación de un Estado palestino independiente, con Jerusalén Este como capital. Esta posición incrementa la desconfianza israelí, que considera que Turquía proporciona legitimidad política a una organización terrorista responsable de los ataques del 7 de octubre.

Desde la perspectiva israelí, la seguridad y la eliminación de las capacidades militares de Hamás son condiciones fundamentales para evitar que se repitan ataques de esa naturaleza. Sin embargo, la prolongación del conflicto, la destrucción de infraestructuras y la situación humanitaria han generado costes diplomáticos y estratégicos considerables. La ausencia de una solución política aceptada y de un marco de gobernanza estable para Gaza dificulta la posibilidad de una normalización regional.

[15] Nimrod Goren, “Israel-Turkey Relations as Impacted by the War in Gaza and the Transition in Syria,” Mitvim – The Israeli Institute for Regional Foreign Policies, mayo de 2026.

La confrontación también tiene una dimensión económica. La suspensión del comercio directo entre ambos países en 2024 supuso una medida de presión política de Ankara, aunque no produjo una vulnerabilidad económica insustituible para Israel. El Banco de Israel estimó que Turquía había suministrado bienes por valor aproximado de 5.300 millones de dólares en 2023, equivalentes al 6,3 % de las importaciones israelíes. La búsqueda de proveedores alternativos redujo, posteriormente, el impacto del embargo[16].

La cuestión palestina seguirá condicionando la relación, incluso si se produce una reducción de la violencia en Gaza. Una eventual mejora humanitaria podría facilitar contactos indirectos y una distensión limitada, pero no resolvería por sí sola las diferencias existentes.

El Mediterráneo oriental: energía, alianzas y competencia por las rutas

El Mediterráneo oriental representa un tercer escenario de competencia, aunque con características distintas de las que se observan en Siria y Gaza. Aquí la rivalidad se manifiesta principalmente a través de la energía, las alianzas regionales, la delimitación de espacios marítimos y la influencia sobre las rutas comerciales[17].

Israel ha desarrollado importantes proyectos de explotación de gas natural, especialmente en los yacimientos de Tamar y Leviatán. Estos recursos contribuyen a su seguridad energética y permiten mantener relaciones de cooperación con Egipto y otros actores regionales. Turquía, por su parte, aspira a convertirse en un centro de tránsito y distribución energética, aprovechando su posición geográfica entre los productores de Oriente Próximo, el Cáucaso y los mercados europeos.

Las diferencias entre Turquía, Grecia y Chipre sobre delimitación marítima y derechos de explotación han complicado determinados proyectos energéticos. Israel ha reforzado sus relaciones con Grecia y Chipre mediante mecanismos de cooperación política, militar y económica. Esta aproximación responde a intereses compartidos, aunque no debe

[16] Bank of Israel, “The Impact of the Turkish Embargo on Israel’s Economy,” 19 de marzo de 2025.
[17] International Institute for Strategic Studies (IISS), “Turbulence in the Eastern Mediterranean: Geopolitical, Security and Energy Dynamics”, capítulos 1 y 2, IISS, 6 de diciembre de 2024.

interpretarse automáticamente como la existencia de una alianza militar formal dirigida contra Ankara[18].

Por otra parte, en octubre de 2026, el Parlamento del este de Libia ratificó formalmente el controvertido acuerdo marítimo firmado en 2019 entre Turquía y el Gobierno de Trípoli reconocido por la ONU para delimitar sus zonas económicas exclusivas y plataformas continentales en el Mediterráneo oriental. El acuerdo traza una frontera de jurisdicción marítima entre la costa sur de Turquía y la costa norte de Libia y crea un corredor económico directo[19].

La competencia energética tiene una dimensión geopolítica más amplia. El control de las infraestructuras, las rutas de transporte y los acuerdos de suministro permite obtener ventajas económicas y diplomáticas. En consecuencia, la rivalidad entre Israel y Turquía forma parte de una disputa más amplia sobre la configuración del Mediterráneo oriental y sobre quién tendrá mayor capacidad para influir en sus principales corredores estratégicos.

A diferencia de Siria, este escenario presenta un riesgo menor de confrontación militar directa, pero puede contribuir a consolidar bloques de cooperación regional y a incrementar la desconfianza entre ambos países.

El Cuerno de África y el mar Rojo: una nueva dimensión de la rivalidad estratégica

El Cuerno de África se ha convertido en un escenario emergente de la competencia entre Israel y Turquía, debido a su posición estratégica sobre el golfo de Adén, el estrecho de Bab el-Mandeb y las rutas marítimas que conectan el océano Índico con el mar Rojo y el Mediterráneo. El control de los accesos, la seguridad de la navegación y la posibilidad de establecer posiciones de influencia en esta región tienen un valor creciente para ambos países.

[18] International Institute for Strategic Studies (IISS), “Turbulence in the Eastern Mediterranean: Geopolitical, Security and Energy Dynamics”, capítulos 7 y 8, IISS, 6 de diciembre de 2024.
[19] Memorandum of Understanding between the Government of the Republic of Türkiye and the Government of National Accord State of Libya on Delimitation of the Maritime Jurisdiction Areas in the Mediterranean, firmado en Estambul el 27 de noviembre de 2019, registro n.º 56119, volumen 3338.

Turquía ha consolidado una presencia destacada en Somalia mediante acuerdos de cooperación económica, ayuda al desarrollo y asistencia militar. La base militar de TÜRKSOM, en Mogadiscio, constituye un elemento fundamental de esta proyección, a la que se suman los acuerdos de defensa y cooperación marítima. Para Ankara, Somalia representa una plataforma desde la que ampliar su influencia en África y reforzar su posición en el entorno del mar Rojo[20].

Israel, por su parte, ha encontrado en Somalilandia una oportunidad para ampliar su presencia estratégica en el golfo de Adén. Su reconocimiento de este territorio en diciembre de 2025 ha abierto una nueva etapa de relaciones y cooperación, con potenciales implicaciones para la seguridad marítima y la vigilancia de las actividades hutíes en Yemen. Esta aproximación contrasta con la posición turca, favorable a la integridad territorial de Somalia, añadiendo un nuevo elemento de fricción entre ambos países[21].

La rivalidad se desarrolla, además, en un espacio donde confluyen los intereses de otros actores, como Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí, Egipto y Etiopía, especialmente en torno a los puertos, las infraestructuras estratégicas y el acceso al mar. En consecuencia, el Cuerno de África amplía la competencia entre Israel y Turquía más allá de Oriente Próximo y la proyecta sobre uno de los corredores marítimos más sensibles del comercio internacional. Aunque no parece probable un enfrentamiento militar directo, la consolidación de posiciones contrapuestas podría generar nuevas tensiones diplomáticas y aumentar el riesgo de incidentes y escaladas indirectas.

La dimensión internacional: Estados Unidos, OTAN y potencias regionales

La rivalidad entre Israel y Turquía no puede comprenderse sin considerar la posición de las grandes potencias. Estados Unidos es el principal actor externo con capacidad para

[20] Republic of Türkiye, Ministry of National Defence, “Framework Agreement on Defence and Economic Cooperation between Türkiye and Somalia,” 8 de febrero de 2024; Federal Government of Somalia, “Framework Agreement on Defence and Economic Cooperation between Türkiye and Somalia,” 22 de junio de 2026.

[21] State of Israel, Ministry of Foreign Affairs, “Israel Recognizes the Republic of Somaliland as an Independent and Sovereign State,” 26 de diciembre de 2025; Reuters, “Israel Becomes First Country to Formally Recognise Somaliland as Independent State,” 26 de diciembre de 2025.

influir en ambos países y, probablemente, el factor de contención más importante ante una posible escalada[22].

Israel mantiene una relación estratégica privilegiada con Washington, basada en la cooperación militar, tecnológica y de inteligencia. El memorando de entendimiento vigente para el periodo fiscal 2019-2028 contempla una ayuda militar estadounidense de 3.800 millones de dólares anuales, aunque el presidente Trump ha anunciado que pretende poner fin a esa ayuda antes de lo previsto, incluso a finales de 2026[23]. Turquía, por su parte, es miembro de la OTAN desde 1952 y ocupa una posición geográfica esencial para la seguridad del mar Negro, el Mediterráneo y Oriente Próximo.

Washington debe equilibrar dos relaciones que responden a intereses diferentes. No puede prescindir fácilmente de Turquía, cuya posición geográfica y capacidades militares son importantes para la Alianza, pero tampoco puede debilitar su relación estratégica con Israel. Una confrontación entre ambos países generaría un problema diplomático y militar de primer orden para Estados Unidos.

Rusia es otro actor relevante. Moscú ha mantenido una relación pragmática con Turquía, basada en la energía, el comercio y la gestión de conflictos regionales, aunque ambos países compiten por influencia en determinados escenarios. Con Israel ha mantenido durante años canales de comunicación, especialmente para evitar incidentes militares en Siria. Una escalada entre Ankara y Tel Aviv podría ofrecer oportunidades diplomáticas a Moscú, pero también perjudicar sus intereses si incrementa la inestabilidad regional[24].

Irán ocupa una posición diferente. Es uno de los principales adversarios estratégicos de Israel, mientras que su relación con Turquía combina cooperación y competencia. Ambos países mantienen intereses económicos y diplomáticos, pero discrepan sobre la influencia en Siria, Irak y el Cáucaso. La reducción de la presencia iraní en Siria puede favorecer los objetivos turcos, aunque no elimina la rivalidad entre Ankara y Teherán.

Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos han desarrollado relaciones pragmáticas con Turquía y mantienen vínculos de distinta naturaleza con Israel. Los Acuerdos de

[22] Reuters, “Syria, Israel Hold US-Mediated Talks to Ease Tensions,” 23 de agosto de 2026.
[23] Emanuel Fabian, “Trump aid bombshell could set off scramble to reprioritize upcoming arms buys,” The Times of Israel, 4 de noviembre de 2026.
[24] Natalie Sabanadze y Galip Dalay, “Understanding Russia’s Black Sea Strategy: How to strengthen Europe and NATO’s Approach,” Chatham House, 28 de julio de 2025.

Abraham, con la adhesión de Emiratos, modificaron el panorama diplomático regional, aunque la guerra de Gaza ha dificultado su ampliación. Egipto, por su parte, constituye un actor esencial para la seguridad de Gaza, la estabilidad regional y los proyectos energéticos del Mediterráneo oriental[25].

La Unión Europea también tiene intereses directos en la estabilidad de esta relación. Turquía es un socio económico y estratégico relevante, mientras que Israel mantiene una relación de asociación con la UE que se remonta al año 2000, denunciada por algunos países europeos a causa de la guerra de Gaza. La posibilidad de que la rivalidad se extienda al Mediterráneo oriental afecta a la seguridad marítima, a las rutas comerciales y a la política energética europea. La principal aportación europea podría consistir en favorecer mecanismos de comunicación, apoyar los esfuerzos de desescalada y evitar que la competencia regional termine trasladándose a las estructuras de seguridad euroatlánticas[26].

Capacidades militares y equilibrio de poder

La comparación militar entre Israel y Turquía debe realizarse atendiendo no solo al volumen de sus fuerzas, sino también a la calidad tecnológica, la preparación, la industria de defensa, la logística y la capacidad de sostener operaciones prolongadas.

El gasto militar israelí se situó, en 2025, aproximadamente en 48.300 millones de dólares, mientras que el turco se aproximó a los 30.000 millones. En el caso israelí, el esfuerzo militar representó alrededor del 7,8 % del PIB. Turquía registró un incremento interanual estimado del 7,2 %[27].

Estas cifras reflejan dos modelos de inversión diferentes. Israel realiza un esfuerzo presupuestario muy elevado, asociado a sus necesidades de seguridad y a las operaciones militares de los últimos años. Turquía, por su parte, mantiene una tendencia

[25] Sanam Vakil y Neil Quilliam, “The Abraham Accords and Israel-UAE Normalization: Shaping a New Middle East,” Chatham House, 28 de marzo de 2023.

[26] Servicio Europeo de Acción Exterior, “The European Union and Israel,” 28 de julio de 2026, https://www.eeas.europa.eu/israel/european-union-and-israel_en?s=200

[27] Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), *Trends in World Military Expenditure, 2025* (Estocolmo: SIPRI, abril de 2026).

de crecimiento de la inversión militar, impulsada por la modernización de sus fuerzas armadas, la proyección exterior y el desarrollo de una pujante y emergente industria nacional.

Israel mantiene una ventaja tecnológica en ámbitos como la inteligencia, la guerra electrónica, la defensa antimisiles y determinados sistemas de precisión. Su fuerza aérea constituye uno de los principales instrumentos de su doctrina militar y combina aeronaves F-35, F-15 y F-16. A ello se añade una arquitectura de defensa antiaérea y antimisiles que incluye sistemas como Arrow, David's Sling e Iron Dome.

Turquía, por su parte, dispone de unas Fuerzas Armadas de mayor dimensión y una profundidad territorial considerablemente superior. Su Fuerza Aérea se apoya principalmente en los F-16, mientras que sus programas de modernización y desarrollo buscan reducir la dependencia de proveedores extranjeros. La industria turca ha alcanzado una posición destacada en vehículos aéreos no tripulados, sistemas terrestres, plataformas navales y municiones.

La comparación también debe considerar la capacidad de producción y reposición de material. La industria israelí posee una elevada especialización tecnológica, especialmente en electrónica, sensores, misiles y defensa antiaérea. Turquía ha desarrollado una base industrial más diversificada, con capacidad exportadora creciente y una política deliberada de sustitución de importaciones.

No existe, por tanto, una superioridad absoluta de uno de los dos países en todas las dimensiones militares. Israel dispone de ventajas cualitativas en determinados ámbitos, mientras Turquía cuenta con mayor profundidad territorial, volumen de fuerzas y capacidad de proyección regional. El resultado de una hipotética confrontación dependería del escenario, los objetivos, la duración, el apoyo exterior y la capacidad logística de cada Estado.

La pertenencia turca a la OTAN constituye, además, un elemento político que diferencia sustancialmente esta rivalidad de otras confrontaciones regionales. Una crisis militar entre ambos países podría afectar a las relaciones de Ankara con sus aliados y obligar a Estados Unidos y a la Alianza a realizar un delicado ejercicio de mediación.

Escenarios de evolución y perspectivas para 2026-2030

La evolución de la rivalidad dependerá de la interacción entre las necesidades de seguridad de ambos países, la situación de Siria y Gaza, la política estadounidense y la capacidad de las potencias regionales para contener nuevas crisis. No parece razonable plantear un único desenlace, sino considerar distintas trayectorias posibles.

El primer escenario, y probablemente el más plausible, es el de una rivalidad contenida. Ambos países mantendrían posiciones políticas enfrentadas, continuarían desarrollando sus capacidades militares y buscarían ampliar sus relaciones con terceros actores, pero evitarían una confrontación directa. La competencia se desarrollaría mediante presión diplomática, medidas económicas, alianzas regionales y demostraciones de capacidad militar. Este escenario permitiría preservar los intereses esenciales de ambos Estados sin asumir los costes de una guerra.

Un segundo escenario sería la intensificación de la competencia estratégica. En este supuesto, las diferencias sobre el futuro regional se profundizarían y ambos países intentarían reforzar su influencia mediante instrumentos políticos, económicos y militares. La rivalidad podría extenderse a la energía, la industria de defensa, las rutas comerciales y la cooperación con terceros Estados. Aunque no desembocase necesariamente en un enfrentamiento directo, aumentaría la desconfianza y reduciría el margen de maniobra diplomático.

El tercer escenario sería una crisis militar limitada, provocada por un incidente que afectase directamente a personal o instalaciones de uno de los dos países. La muerte de militares, la interceptación de una aeronave o un ataque contra una instalación sensible podrían desencadenar represalias y generar una escalada de consecuencias difíciles de prever. En ese contexto, Estados Unidos tendría un papel decisivo para establecer mecanismos de desescalada y evitar que una crisis puntual se transformase en una confrontación más amplia.

Finalmente, no puede descartarse una distensión pragmática. Los costes económicos y militares de una rivalidad prolongada, la necesidad de mantener canales de comunicación y la presión de terceros actores podrían favorecer un acercamiento limitado. No supondría recuperar la alianza de los años noventa, pero sí restablecer mecanismos diplomáticos y acuerdos puntuales de seguridad.

Estas categorías no representan probabilidades estadísticas, sino una valoración de las tendencias y condicionantes que se vienen observando. Los escenarios pueden solaparse y evolucionar de uno a otro.

Conclusiones. Una competencia estratégica bajo riesgo de escalada

La evolución de las relaciones entre Israel y Turquía refleja una transformación profunda del equilibrio geopolítico de Oriente Próximo. Ambos países han pasado de una etapa de cooperación estratégica a otra caracterizada por la desconfianza, la competencia regional y la divergencia de intereses.

La guerra de Gaza ha profundizado las diferencias políticas, mientras que la transformación de Siria ha añadido una dimensión militar especialmente delicada. La competencia por el Mediterráneo oriental, el Cuerno de África y las rutas energéticas completa un escenario en el que la rivalidad ya no puede considerarse una simple crisis diplomática.

Israel pretende preservar su superioridad regional y evitar que otros Estados puedan limitar su libertad de acción. Turquía busca consolidar su influencia en Siria, ampliar su autonomía estratégica y proyectar liderazgo regional. Sus objetivos no son incompatibles en todos los ámbitos, pero pueden entrar en colisión cuando afectan al control de espacios estratégicos, a la seguridad de sus fronteras o a la capacidad de influencia sobre terceros actores.

La comparación militar muestra que ambos países disponen de capacidades relevantes, aunque de naturaleza diferente. Israel mantiene ventajas tecnológicas importantes, mientras Turquía cuenta con mayor profundidad territorial, una considerable dimensión de fuerzas y una industria de defensa en expansión. Ninguno puede considerar irrelevantes las capacidades del otro.

No obstante, existen importantes factores de contención. El coste económico y militar de una guerra, la relación de ambos países con Estados Unidos y la pertenencia turca a la OTAN hacen que un enfrentamiento directo resulte poco atractivo para ambos gobiernos. La disuasión mutua y la necesidad de preservar sus respectivas relaciones internacionales constituyen elementos fundamentales para evitar una escalada.

El principal peligro reside en que una crisis limitada pueda superar las previsiones iniciales de ambos gobiernos. Siria es el escenario donde este riesgo resulta más evidente, debido a la proximidad de las operaciones, la incertidumbre política y la ausencia de confianza entre Ankara y Tel Aviv. Por ello, el futuro de la relación no debe analizarse exclusivamente en términos de guerra o paz. Lo más probable es una competencia prolongada, con episodios de tensión, presión diplomática y demostraciones militares, acompañada de intentos puntuales de evitar una confrontación directa.

En definitiva, Israel y Turquía no están condenados a enfrentarse militarmente, pero sus proyectos estratégicos están entrando en una zona de fricción cada vez más difícil de gestionar, lo que está convirtiendo su relación en una rivalidad estructural que puede prolongarse durante años. La cuestión no es tanto si ambos países desean una guerra, sino si serán capaces de evitar que una crisis limitada termine desencadenando un enfrentamiento que ninguno de ellos había previsto. Desde la perspectiva europea, el principal desafío consiste en evitar que esta rivalidad se convierta en una nueva variable desestabilizadora en un Oriente Próximo ya caracterizado por múltiples conflictos interconectados.

Fernando Melero y Claudio
*Coronel del Ejército de Tierra DEM**